



El líder y su discurso sin palabras

IVÁN SANDOVAL CARRIÓN

Iván Sandoval Carrión, miembro de la Asociación Ecuatoriana de Psiquiatría, plantea que el éxito del líder no depende solo de sus atributos, sino de la proyección colectiva del ideal del yo en su figura. Inspirado en Freud y Lacan, el autor explica que el líder funciona como una figura simbólica —el Padre— que representa la Ley, ordena el deseo y orienta éticamente al grupo. Además, introduce el concepto de discurso sin palabras, donde el verdadero poder reside no en lo dicho, sino en el lugar desde donde se habla: el discurso del amo, que legitima autoridad, pero que exige reconocer la dependencia del líder respecto al saber del otro.

¿Qué rasgos de personalidad requiere un líder para tener éxito en su función? Es una pregunta que, en primera instancia, invitaría al despliegue de una lista de supuestos atributos como un modelo a seguir, tomando la referencia de personajes históricos y políticos importantes, quienes seguramente descansan en el panteón de pueblos diversos, porque la muerte inventa héroes y afecta la memoria de las naciones. Pero hay otras maneras de asumir la interrogación, ninguna más valiosa que las otras, mediante un análisis de las relaciones entre los conductores y los grupos que los reconocen como tales. Una de esas vías es la que propone la teoría psicoanalítica, desde la obra fundadora de Sigmund Freud hasta el pensamiento renovador de Jacques Lacan. Se trata de un camino que plantea la imposibilidad de pensar en una psicología individual sin tomar en cuenta la llamada *psicología social*, como pensaba Freud. O el sinsentido de creer que es posible la constitución de un sujeto ignorando su relación con el otro como su semejante, y con el Otro —con mayúscula— de la sociedad, la cultura, la civilización y el lenguaje o el tesoro de los significantes, como decía Lacan. Esa es la vía que interesa a este ensayo.



SOBRE LA PSICOLOGÍA DE LAS MASAS

En 1921, Freud publicó *Psicología de las masas y análisis del yo*, uno de sus escritos fundamentales en el que afirmaba la dependencia de la vida y el destino de los grupos a través de la convergencia del inconsciente de los individuos en su identificación con el líder o el conductor, como prefería llamarlo Freud. En este libro, el autor parte de la obra de los psicólogos sociales de su tiempo, como Gustave Le Bon, William McDougall y Gabriel Tarde, para proponer una nueva instancia dentro de la estructura del yo de los sujetos, que permitiría la conformación y el sostenimiento de la psicología de los grupos: el ideal del yo. El uso por parte de Freud del significante «la masa» —para designar diferentes modalidades de agrupación— no tenía ninguna connotación peyorativa, puesto que él se limitaba a admitir que hay diferencias en los niveles de organización, estructura y funcionamiento entre los grupos, los colectivos, las comunidades, las organizaciones, los movimientos y las instituciones, aunque todas estas agrupaciones se sostengan mediante el mismo fenómeno y mecanismo: la confluencia de la atribución de la figura y función del ideal del yo en el conductor por parte de cada miembro del conjunto, siendo esta instancia una fracción de la estructura del yo en cada sujeto.

¿Qué es el ideal del yo y cuál es su función en la psicología individual? Para explicarlo, debemos referirnos en primer lugar al origen del yo y de lo que Freud llamó el yo ideal, como antecedente del ideal del yo. Al comienzo, el yo lo incluye todo y luego desprende de sí un mundo exterior, afirmaba el padre del psicoanálisis. Es decir, inicialmente el bebé no puede distinguir los límites entre su pequeña persona y la madre como el primer otro de su vida. Es la eclosión del narcisismo infantil vinculada a lo que Freud llamó el yo ideal: la primera imagen de omnipotencia imaginaria y narcisista. Luego, antes del año y medio de vida, hay una primera constitución de un yo mediante la identificación con la imagen unificada de sí mismo que le devuelve el espejo, y con la imagen total del otro parental, a quien percibe con pleno control de su conducta y motricidad. Es lo que Lacan llamó *el estadio del espejo*, como el momento mítico e inaugural de un yo que le permite al niño empezar a hablar sobre sí mismo en este proceso paradójico de diferenciación y, al mismo tiempo, de identificación con su semejante.

Posteriormente, en los primeros años de vida, a través del pasaje por el complejo de Edipo, la asunción de la Ley —prohibición del incesto— y la constitución del inconsciente, hay una represión del yo ideal y aparece el ideal del yo, como un efecto de las identificaciones con ambos padres y con sus maestros y preceptores, la aceptación de los ideales morales colectivos y la constitución de un modelo de valores y de conducta que el niño



“El uso por parte de Freud del significante «la masa» —para designar diferentes modalidades de agrupación— no tenía ninguna connotación peyorativa, puesto que él se limitaba a admitir que hay diferencias en los niveles de organización, estructura y funcionamiento entre los grupos, los colectivos, las comunidades, las organizaciones, los movimientos y las instituciones.”



“
Al margen de los
diferentes tipos y grados
de organización de los
grupos, la pertenencia
a un colectivo de
cualquier grado
requiere la activación
de la identificación
con los semejantes y la
proyección unificada de
todos ellos de su ideal
del yo individual en
la figura del líder
o conductor.
”

seguirá y conservará a lo largo de su vida. El ideal del yo pasa a ser el fundamento del superyó freudiano, esa instancia ética que gobierna nuestra vida, nos conmina a seguir sus preceptos y nos castiga cuando desobedecemos, aun en ausencia de una reprensión que venga del otro. De esta manera se constituye el sujeto-sujetado a ciertas identificaciones con los otros de su existencia, y con el Otro del colectivo y del lenguaje.

Entonces, ¿qué pasa en el fenómeno de la masa? Al margen de los diferentes tipos y grados de organización de los grupos, la pertenencia a un colectivo de cualquier grado requiere la activación de la identificación con los semejantes y la proyección unificada de todos ellos de su ideal del yo individual en la figura del líder o conductor. Ello producirá ciertos efectos en el funcionamiento de la masa, más o menos evidentes dependiendo del tipo de agrupación, como lo estudiaron los autores que precedieron a Freud y a los que él cita en su artículo: en la masa desaparecen algunas de las adquisiciones cognitivas y morales de los individuos, el rendimiento intelectual de la masa es inferior al de cada sujeto en particular. Los participantes piensan —si lo hacen— y se comportan de un modo diferente a cuando están aislados, aparece un sentimiento de omnipotencia colectiva, desaparecen ciertas inhibiciones de diverso tipo; la masa crédula es capturada por el poder mágico de las palabras, hay una exacerbación general de los afectos y el grupo es tan sugestionable por la palabra del conductor como lo es un sujeto cuando se encuentra en un trance hipnótico.

Evidentemente, el grado y la intensidad de estos fenómenos varía entre el extremo de la multitud ocasional y contingente que produce desmanes callejeros y linchamientos bajo la conducción de un líder eventual, y la institución estable que tiene estatutos y reglamentos que le permiten funcionar de manera productiva para dirigirse hacia objetivos definidos bajo la conducción de un directorio. Pero, en todos los colectivos, la pertenencia demanda la proyección mayor o menor, aunque siempre inconsciente, del ideal del yo en la persona del líder o conductor. Esta hipótesis de la proyección como fundamento del fenómeno de la masa es un aporte original freudiano, lo que le lleva a señalar que, si bien los psicólogos sociales de su tiempo estudiaron extensamente los rasgos del funcionamiento de las diversas masas, ninguno de ellos se ocupó de investigar la estructura psicológica de los líderes, como tampoco lo hizo

pocos años después don José Ortega y Gasset, gran lector de Freud, en su obra ejemplar *La rebelión de las masas*, de 1927, porque su campo de interés y reflexión no era el de la psicología individual.



DEL LÍDER O CONDUCTOR

Etimológicamente, los dos términos provienen de lenguas diversas, del inglés y del latín, aunque ambos designan la figura y la función de quien se ocupa de dirigir a una agrupación hacia objetivos definidos. Aunque Freud tampoco se ocupó directamente de proponer los rasgos que caracterizan al conductor efectivo, ellos pueden inferirse de diversos escritos teóricos, clínicos, conceptuales y sociales que publicó a lo largo de su vida, empezando por algunos de la primera parte de su obra, aquellos en los que construye su teoría del inconsciente freudiano —porque antes de él ya se usaba este término, en particular en algunos pensadores de la filosofía alemana— en sus tres escritos canónicos que aparecen en los primeros años del siglo XX: el libro de los sueños, el del chiste y el de los olvidos, lapsus y errores de la vida cotidiana. Al mismo tiempo, sus escritos clínicos de la misma época sobre la sexualidad infantil y el complejo de Edipo presentan la función del padre como representante de la Ley —de prohibición del incesto— y constituyen el antecedente de la función del conductor de la masa.

A partir de las hipótesis de algunos antropólogos de su tiempo acerca del inicio de la sociedad humana, Freud planteó el mito de la horda primitiva y el padre primordial como el referente estructural de la familia, en tanto la primera organización social a la que todos advenimos. Lo hizo mediante el complejo de Edipo, ese drama que se ha popularizado y difundido al punto de que forma parte del habla popular hasta el día de hoy. Más allá de la historia, se trata de una estructura formada por el deseo de la madre, la función del padre y la posición del hijo. En primera instancia, la madre siente que el hijo la completa y con ello está satisfecha, y el hijo goza de su cuidado. En determinado momento, el padre interviene para poner límites a ese goce, saca al niño de ese lugar implantando la ley de prohibición del incesto que nos hace humanos, y lo lleva al mundo para que se integre a la sociedad.

La versión de Lacan trasciende las vicisitudes de los diferentes dramas particulares mediante una escritura lógica y matematizada que establece una relación entre tres términos: el deseo de la madre, el niño en el lugar del falo y el Nombre-del-Padre que priva a la madre de ese goce y la devuelve a la relación con su pareja y con la sociedad. Es decir que, en Lacan, el Padre —con mayúscula— no es necesariamente el progenitor, sino una agencia o función que establece ese corte, para que el niño se integre a la sociedad y para que la madre no lo mantenga indefinidamente como objeto de su goce, lo que afectaría su desarrollo. La concepción de Lacan sobre el Edipo explica el hecho de que, en las familias monoparentales, cualquier persona del entorno familiar, incluida la madre, puede realizar la función de Padre.

Si consideramos la teoría de Freud sobre la familia como la primera organización social, y el posterior desarrollo de Lacan, podremos inferir que la función de quien ocupa el lugar del liderazgo —hombre o mujer— en cualquier organización social, debe estar vinculada a la función del Padre y a esa atribución colectiva del ideal del yo que habíamos mencionado antes. A partir de todo esto, podríamos pensar que un líder promueve, siempre a través de la palabra y el ejemplo, los valores éticos y morales que constituyen normas de conducta dentro de un grupo; incentiva el intercambio social; favorece las tempranas identificaciones con los ideales que los padres y los maestros representan; restringe los goces antisociales y narcisistas; destituye las posiciones omnipotentes; respeta y hace respetar la Ley y las leyes, y se comporta en consecuencia ante la comunidad y en privado; privilegia la palabra y la interlocución por encima de las reacciones físicas anticipadas y

“

Podríamos pensar que un líder promueve, siempre a través de la palabra y el ejemplo, los valores éticos y morales que constituyen normas de conducta dentro de un grupo.”



evitables; y transmite los valores estimados dentro del tipo de organización que dirige y a la que representa ante los otros y ante el Otro.

PERO ¿QUÉ ES UN DISCURSO SIN PALABRAS?

La idea más simple sobre la comunicación plantea que un emisor envía un mensaje que llega a un receptor sin distorsión en circunstancias ideales o incluso posibles. Pero el psicoanálisis no es una teoría de la comunicación. Desde los escritos canónicos de Freud y el aforismo del inconsciente estructurado como un lenguaje de Lacan, sabemos que estamos habitualmente sujetos a la posibilidad del malentendido. En su lectura del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure, Lacan plantea que en el signo lingüístico no hay una relación biunívoca entre el significante —la parte sonora y material del signo— y el significado —la parte abstracta—. La multivocidad de los significantes, es decir, de las palabras, en el contexto de la puntuación y la frase, nos expone todo el tiempo a la contingencia del equívoco, y ello relanza todo el tiempo la interlocución con nuestros semejantes en busca de «aclaraciones». El texto clásico de Freud sobre los chistes y lo inconsciente está lleno de ejemplos. El humor y los lapsus se fundan en esta característica del lenguaje y en el recurrente fracaso del ideal de la comunicación perfecta. De todos modos, el psicoanálisis no ignora que la comunicación existe y que los discursos permiten el intercambio entre el líder y la masa.

En el *Seminario 17, El reverso del psicoanálisis*, mediante su teoría de los cuatro discursos, Lacan planteó una nueva concepción del discurso como una estructura formada por cuatro posiciones o lugares fijos —el agente, el otro al que se dirige, el producto y la verdad acerca del agente—, y cuatro términos que van rotando en la misma secuencia en esas posiciones —el significante amo, el significante del saber, el objeto y el sujeto—, para obtener los cuatro discursos: el del amo, el de la histeria, el del analista y el de la universidad. En este ensayo no es posible explicar detenidamente este complejo capítulo de la enseñanza de Lacan, que él sostuvo durante un año a razón de una conferencia cada una o dos semanas, desde diciembre de 1969 hasta junio de 1970. Pero, por el interés de ilustrar otro aspecto de la función del líder, este artículo intentará transmitir algo sobre la concepción de discurso en la teoría lacaniana y la modalidad del discurso del amo.

La noción de discurso en Lacan formaliza, mediante una estructura lógica y una escritura matemática, la relación entre las cuatro posiciones fijas y los cuatro elementos que van rotando, más allá de los contenidos de los diversos o infinitos mensajes y de las palabras pronunciadas. Es una estructura que pone el

“
El humor y los lapsus se fundan en esta característica del lenguaje y en el recurrente fracaso del ideal de la comunicación perfecta.”



“
El discurso
en el que el agente
busca la afirmación
de su poder en el
saber del otro al
que se dirige, para
producir los objetos
de la satisfacción y el
deseo, ignorando al
mismo tiempo que
el emisor, en tanto
amo, es imperfecto
y está incompleto,
y por ello no puede
prescindir del otro
para sostenerse
en esa posición.

”

acento en el acto de la enunciación y en el lugar desde el cual se produce semejante acto. Esa es la idea implicada en aquello de un discurso sin palabras o que las trasciende; es decir, el psicoanálisis no desconoce el hecho de que todo discurso produce un flujo de palabras que pretenden transmitir alguna significación y producir cierto sentido, pero interroga por el lugar lógico desde donde se emiten los mensajes, del cual el sujeto que los pronuncia es habitualmente inconsciente. En consecuencia, Lacan planteó que el primer discurso de los cuatro es el del amo.

La idea del amo le vino al psicoanalista francés de su lectura de la dialéctica del amo y el esclavo que se encuentra en la monumental *Fenomenología del espíritu* (1807) de Hegel. En la filosofía del autor alemán, se trata de una lucha por el poder entre el amo que lo posee y el esclavo que detenta el saber y demanda reconocimiento. De esa dialéctica, más de un siglo después, Alexandre Kojève producirá su análisis del concepto de *autoridad* —en su libro, *La noción de autoridad*— que se sostiene en la ley, para distinguirla del poder. Lacan, lector de Hegel y alumno de los seminarios de Kojève, producirá su propia teoría para plantear el discurso del amo como el primero de la serie de los cuatro, el discurso al que llegamos al venir al mundo, aquel que nos inscribe en el lenguaje y del que se derivan los tres restantes. El discurso en el que el agente busca la afirmación de su poder en el saber del otro al que se dirige, para producir los objetos de la satisfacción y el deseo, ignorando al mismo tiempo que el emisor, en tanto amo, es imperfecto y está incompleto, y por ello no puede prescindir del otro para sostenerse en esa posición.

ENTONCES...

Además de las diversas funciones del líder que se enumeraron al final del apartado anterior, en cuanto produce sus enunciados desde la posición del amo, el líder no puede prescindir del saber del otro como experto, técnico, asesor, colaborador y subordinado, para conducir la nave hacia la realización de los objetivos de su agrupación como producto de su función. Adicionalmente, le haría bien asumir que es imperfecto e incompleto y que requiere del otro y del Otro. Desconocer todo lo anterior rebaja la posición del líder a la del cabecilla de un mero tumulto callejero, lo saca del lugar del ideal del yo y lo regresa a la demostración infantil y narcisista del yo ideal, para una exhibición de omnipotencia pasajera e intrascendente, como lo vemos episódicamente en el teatro político ecuatoriano e internacional. Aunque a veces, la inercia de los pueblos permite que cualquier matasiete ignorante y abusivo trepe al poder, y pretenda sostenerse en el gobierno de forma indefinida, como lo hemos visto trágicamente en la historia de las naciones hasta el día de hoy.

